BX
4700
.B75
U77
1958

MARIA AUXILIADORA

José Luis de Urrutia, S. J.

BX4700.B75 U77 1958
Urrutia, Jos˜e Luis de.
Maria auxiliadora /

MARIA AUXILIADORA

José Luis de Urrutia, S. J.

Digitized by the Internet Archive
in 2014

https://archive.org/details/mariaauxiliadora00urru

MARIA AUXILIADORA

Es un cuadro grandioso al fondo del altar mayor de la iglesia de María Auxiliadora de Turín, construida por san Juan Bosco e inaugurada en 1868.

La composición del cuadro, según se la indicó el Santo al pintor Lorenzoni en 1865, debía ser: «María Santísima entre los coros angélicos. Alrededor de Ella, cercanos, los apóstoles; luego las falanges de los mártires, de los profetas, de los confesores y de los ángeles. En la tierra los emblemas de las grandes victorias de María y los pueblos de las diversas regiones de la tierra en actitud de levantar las manos hacia Ella».

El pintor le objetó que eso supondría un cuadro demasiado grande y don Bosco, aunque contrariado, hubo de aceptar que alrededor de la Virgen quedasen sólo los apóstoles, los evangelistas y algunos ángeles; abajo el nuevo templo con el Oratorio y detrás de éste, en el horizonte, el monte Superga —que está en las afueras de Turín— con su basílica de la Virgen. En el cuadro la Virgen sostiene al Niño en el brazo izquierdo, ambos llevan

corona, y en la mano derecha tiene la Virgen un cetro real.

La importancia del cuadro e imagen tan singular, es que recoge la invocación a la Virgen como *«Auxilio de los cristianos»* o *«María Auxiliadora»*. San Pío V dispuso que se invocara a la Virgen con el título de Auxilio de los cristianos, antes de la batalla de Lepanto, y a Ella se atribuyó la victoria. Desde entonces se introdujo este título en las letanías lauretanas. Y Pío VII en 1816, en agradecimiento por su vuelta del cautiverio, instituyó su fiesta el 24 de mayo (día de la abdicación de Napoleón I).

Una congregación femenina, Hermanas de María Auxiliadora, fue fundada en Francia el siglo pasado. Después, a partir de 1860, don Bosco empezó a emplear esta advocación por inspiración de la Virgen en algunos de sus famosos sueños, como distintivo de su congregación.

Decía: *«La Virgen Santísima quiere que la honremos con el título o advocación de Auxiliadora. Los tiempos que corren son tan tristes que tenemos verdadera necesidad que la Santísima Virgen nos ayude a conservar y defender la fe cristiana como en Lepanto». Y su iglesia «será la iglesia madre de nuestra futura sociedad salesiana y centro de donde irradiarán to-*

das nuestras obras en pro de la juventud».

La invocación a la Stma. Virgen como Auxiliadora contra los enemigos de la Iglesia si era actual y necesaria en el siglo XIX, no lo será menos ahora «en estos tiempos tan tristes que corren».

El primer milagro a don Bosco

Fue la construcción de la primera iglesia de María Auxiliadora. Cuando el arquitecto le presentó los planos, vio que coincidían con el templo que él había visto en sueños. Su confianza en la Virgen era total. Ella le había señalado incluso el lugar (Valoco o Vallis occisorun —valle de los asesinados— por haber sido martirizados allí tres soldados cristianos, Octavio, Aventor y Salutor), pero la Virgen no le libró de muchos momentos de apuro angustioso.

El primer tropiezo fue el título. Precisamente un año antes el general Lamoricière al defender los estados pontificios contra los piamonteses arengó a sus tropas comparando aquéllos con los musulmanes. El nombre de Lepanto sonaba en el anticlerical Turín, capital de Piamonte y corte del rey Víctor Manuel, como una nueva cruzada. Don Bosco retiró el título para la aprobación de los planos, así no lo

tenían que aprobar... pero al fin se lo puso a la iglesia.

Los trabajos previos se llevaron las 4.000 liras que tenía. Cuando se colocó y bendijo la primera piedra, quiso dar algo a cuenta al contratista: *«Voy a darte todo lo que tengo»* y vuelca la vieja cartera en su mano... ¡40 céntimos! *«No te apures. La obra es de la Virgen, y Ella quiere su iglesia. Yo no soy más que su cajero».*

Los comentarios en la ciudad le tildaron de loco; el templo no se terminaría, pero él acabaría en la cárcel por insolvente... como no interviniera el Papa, o los jesuitas...

Enviaba cartas y circulares a millares por toda Italia, —su obra ya era conocida— incluso llegó a organizar una rifa con 8.000 premios, pero contó además, descaradamente, con una curiosa ayuda sobrenatural: multitud de milagros para conseguir dinero. Por eso muchas de las limosnas recibidas eran en acción de gracias por los favores que concedía la Virgen a quien la invocaba con su nuevo título preferido.

● A los comienzos llegó un sábado, había que pagar a los obreros 1.000 liras y la caja estaba vacía. Días antes esperando a una enferma, ésta le dijo: «Si tuviera

algún alivio le daría algo para su obra. — Comience una novena a María Auxiliadora rezando tres padrenuestros con avemaría y gloria, y una salve con la jaculatoria: "María, Auxilio de los cristianos, ruega por nosotros". Don Bosco vuelve el sábado a ver a la enferma. La criada le abre: "Pase, pase, don Bosco". La señora le recibe levantada: "La Virgen me ha curado" y le da un paquete: justo las 1.000 liras que necesitaba aquel día».

• El 16 de noviembre de 1866 había que pagar ineludiblemente 4.000 liras. No había un céntimo en casa. Varios compañeros de don Bosco salieron a buscar limosnas, y, tras mucho subir y bajar pisos, volvieron con sólo 1.000 liras.

A la una salió don Bosco. Va al azar, sin saber propiamente a dónde. Había andado unas cuantas calles cuando lo encuentra el criado de una casa rica.

—¿No es usted don Bosco?

—¿En qué puedo servirle?

—¡Gracias a Dios que lo encuentro! ¡Venga, venga pronto! Mi amo tiene prisa de verlo. Hace años que está en cama muy enfermo. Es muy caritativo. Y es fácil que le ayude para su iglesia.

Con la sensación de que la Virgen está

a su lado, penetra en el palacio del enfermo...

—Si pudiera sentir algo de alivio, haría algo por su iglesia.

—Muchas gracias. No puede ser en mejor ocasión: necesito precisamente tres mil liras.

—Está bien; obténgame siquiera un alivio y al fin del año se las daré.

—Es que yo las necesito hoy mismo.

—¡Hoy mismo..., hoy mismo...!

El enfermo trata de cambiar de postura y, mirando fijamente a su interlocutor, repite:

—¡Hoy mismo...! ¡Ya lo ve! Tres mil liras no se tienen en casa. Tendría que salir..., ir al banco..., negociar una célula... Ya ve: imposible.

—¿Imposible? Son las dos. Levántese, vístase y vamos allá.

—Hace tres años que no puedo moverme en la cama sin grandes dolores, ¿y usted quiere que me levante? ¡Imposible!

—Imposible para nosotros; pero no para Dios. ¡Animo! ¡Hagamos la prueba!

Al rumor de las voces han acudido los parientes del enfermo. Probablemente

pensaron que don Bosco estaba loco, tanto más que les dice:

—El señor quiere levantarse. Tráiganle la ropa.

En eso llega el médico.

—¡Qué imprudencia, señor mío! ¡Quieto, quieto!

Pero ya el enfermo no escucha más que al sacerdote. Se arroja de la cama e insiste en que le traigan la ropa. Se viste solo ante la estupefacción de la casa. Sale de la habitación con don Bosco. Baja a la calle y sube al coche.

—¡Al Banco Nacional!

Allí apenas si le reconocen. Negocia las cédulas y pone el dinero en manos del cajero de la Virgen.

—¡Dios se lo pague! Ya ve: usted hace salir su dinero del banco y María Auxiliadora lo saca a usted de la cama.

• El señor Cotta tenía ochenta y tres años. Y estaba enfermo. Había ido como a despedirse de don Bosco en viaje para la eternidad.

Al día siguiente, don Bosco le devolvió la visita. Estaba en cama gravísimo.

—Como ve, mis días están contados.

Pocos minutos, y el viaje a la eternidad.

—Todavía no, señor comendador. La Virgen todavía necesita de usted en este mundo. Tenemos necesidad de que usted viva y nos ayude a terminar este templo.

—De buena gana lo haría; pero ya ve, estoy en las últimas.

—¿Y si la Virgen le devolviera la salud y las fuerzas?

—¡Oh...!; si curase, prometo pagarle a la Virgen seis mil liras mensuales durante seis meses.

—Bien. Voy al Oratorio. Haremos rezar tanto a nuestros niños, que María Auxiliadora le alcanzará la salud. Y le di... la bendición de María Auxiliadora.

Tres días después, el banquero estaba en el Oratorio.

—Aquí estoy. La Virgen me ha curado contra toda esperanza. Vengo a traerle la primera mensualidad.

—Y cuanto llevó la sexta (que en realidad no resultó la última), añadió conmovido:

—No sé lo que pasa con esta obra del Oratorio. Cuanto más dinero saco para ella, más prosperan mis negocios.

Más milagros

● Fiesta de la Virgen. 8 de septiembre. La iglesia está llena de muchachos: 600 que van a comulgar. Se ha preparado un copón lleno de hostias, que don Bosco va a consagrar en la Misa.

Pero el sacristán se olvida de llevarlo al altar, sólo se acuerda cuando ha paso el instante de la consagración. Ahora su distracción no tiene remedio.

¿Qué va a ocurrir, Señor? ¡Qué desilusión la de esos centenares de muchachos que pensaban comulgar!

Ellos, que no saben nada van llegando al comulgatorio; don Bosco tampoco sabe; abre el sagrario y sólo encuentra un pequeño copón con unas cuantas hostias. Mira bien. Nada más. Comprende que su sacristán se ha distraído.

Alza los ojos al cielo y le dice a la Virgen:

—Señora, ¿vas a dejar a tus hijos que se vuelvan en ayunas?

Coge el coponcito y empieza a dar la comunión. Y aquellas pocas hostias se multiplican, y el sacristán, impresionado, asiste al prodigio y muestra a don Bosco, después de la misa, el copón olvidado en la sacristía.

—¿Cómo ha podido dar la comunión a todos con tan pocas hostias? ¡Es un milagro, señor don Bosco! ¡Un milagro que ha hecho usted!

—¡Bah! —dice con indiferencia—. Junto al milagro de la transustanciación que opera el sacerdote al consagrar, el de la multiplicación de las hostias es insignificante. Además, lo ha hecho María Auxiliadora.

• El día 10 de junio de 1868, cerca del mediodía, se vio llegar a Turín, y pararse delante de la puerta del templo de María Auxiliadora, un coche de viaje, del que se apeó un hombre de aspecto distinguido, el cual fue inmediatamente a confesarse y se acercó con recogimiento a la sagrada comunión. Después de dar gracias, entró en la sacristía, hizo una ofrenda al rector de la iglesia y le dijo:

—Dignaos pedir por mí y contar a todos las maravillas que se me han hecho, merced a la intercesión de la Santísima Virgen.

Obligado a explicarse, continuó:

—Vengo de Faenza a cumplir un voto. Un hijo mío, de cuatro años de edad, objeto de todas mis esperanzas, cayó gravemente enfermo y no daba señales de vida; ya le llorábamos como muerto cuando

llegó un amigo y nos aconsejó que hiciéramos una novena a María Auxiliadora, con la promesa de hacer una ofrenda a este templo.

Yo lo prometí todo, y también venir en persona a este lugar y recibir en él la sagrada comunión si obtenía la gracia que casi no podía esperarse. Fui escuchado. Al quinto día de la novena se hallaba mi hijo fuera de peligro, y hoy día se encuentra perfectamente, por lo que no le llamo ya mi hijo, sino hijo de la Santísima Virgen. He cumplido mi voto, y vuelvo a mi casa consolado, bendiciendo a la Madre de toda misericordia, María Auxiliadora.

• Vivía en Vinovo, aldea cerca de Turín, una joven llamada María Stardero, la cual tuvo la desgracia de perder totalmente la vista.

Ansiosa de recobrarla, concibió el proyecto de hacer una peregrinación a la iglesia de María Auxiliadora. Un sábado del mes que le está consagrado, acompañada de su tía, se presentó en el templo. Después de breve oración ante la imagen de Nuestra Señora, fue conducida a la presencia de san Juan Bosco, a la sacristía, y allí tuvo con él esta conversación:

—¿Cuánto tiempo hace que estáis en-

ferma?

—Ya mucho tiempo, pero hace como un año que no veo nada.

—¿Habéis consultado a los médicos? ¿No os han dado medicinas?

—Hemos usado toda clase de remedios, sin resultado alguno. Los médicos no dan la menor esperanza... —Y se echó a llorar.

—¿Distinguís los objetos grandes de los pequeños?

—No, señor; no distingo nada absolutamente.

—¿Veis la luz de esa ventana?

—No; no, señor. Nada veo.

—¿Queréis ver?

—Señor, soy pobre, necesito la vista para buscarme la vida. ¿No he de quererlo?

—¿Os serviréis de los ojos para bien de vuestra alma y no para ofender a Dios?

—Lo prometo con todo mi corazón.

—Confiad en la Santísima Virgen. Ella os sanará.

—Lo espero, pero mientras tanto estoy ciega.

—Veréis.

—¿Ver yo?

Entonces san Juan Bosco, con tono y ademán solemne, exclamó:

—A gloria de Dios y de la Santísima Virgen, decid: ¿Qué tengo en la mano?

—Veo... una medalla de la Santísima Virgen.

—Y en este otro lado de la medalla —pregunta, el santo mostrándosela—, ¿qué hay?

—Un anciano con una vara. Es san José.

Extendió la mano para coger la medalla. Cayó al suelo, yendo a parar a un rincón de la sacristía, y la misma joven, por orden de don Bosco, la buscó y la encontró. Con esto dejó a todos los presentes perfectamente convencidos de la realidad de la curación, que fue tan completa como prodigiosa. María Stardero no volvió a padecer más de la vista.

Los favores de María Auxiliadora se han multiplicado por todo el mundo. Hasta de la lejana China se conservan registrados en Turín. Recogemos dos:

- Una joven cristiana, paralítica de un brazo desde mucho tiempo, había proba-

do pero en vano, todos los remedios de la medicina. Su marido se determinó a ir en peregrinación para asistir a la inauguración de la capilla de Soo Zaii, a fin de que la Virgen, Auxilio de los Cristianos, fuese propicia a la pobre enferma, y ésta comenzó al propio tiempo una novena con la misma intención. Su fe no fue ciertamente ilusoria; al noveno día comenzó a sentirse aliviada, y poco tiempo después quedó completamente curada.

• Otra joven hacía ya unas semanas que no tomaba ningún alimento, de modo que su vida íbase consumiendo por la debilidad. Llegado el mes de mayo, se fue también en peregrinación a la capilla de Soo Zaii; llegó allí, y apenas oyó la santa misa y recibió la comunión, cuando sintió que volvía a recobrar las fuerzas; desde aquella misma mañana pudo ya alimentarse y poco a poco llegó a una perfecta salud.

Así Santa María, nuestra Reina y Madre, es el mejor Auxilio de los cristianos, de nosotros, si somos buenos cristianos, y como tales acudimos a Ella con humildad de súbditos, confianza de hijos y perseverancia de mendigos necesitados.

Juan Bosco elegido por la Virgen

Don Bosco, como era llamado, no sólo fue santo, santo canonizado, sino entre los santos un santo excepcional. Podríamos decir —y se ha dicho con toda razón— el santo más extraordinario del siglo XIX, por su enorme influjo en la iglesia, con la creación de la grandiosa Obra Salesiana, lo que necesitaba su siglo; por su enorme influjo, además de la Iglesia, en el cielo, consiguiendo tantos milagros, prueba de su intimidad con Dios, mediante una devoción mariana sin igual.

Don Bosco no llegó a santo por sí solo —todos los santos lo son por obra de la gracia—, pero él fue desde niño un escogido predilectísimo de la Virgen. Ella se esmeró y recreó en formarlo, en hacerlo santo, su santo. Veamos un poco cómo:

Origen pobre y vida sacrificada

Bienventurados los pobres. Juan Bosco vivió la pobreza desde pequeño. Nació en 1815 en el caserío Becchi de Castelnuovo de Asti (hoy de Don Bosco), a 27 kilómetros de Turín, en las primeras horas del día 16 de agosto, aunque él siempre dijo, y así empiezan sus memorias, que fue el día de la Asunción. Su padre se llamaba Francisco quien murió cuando Juanito no

había cumplido aún dos años, y su madre Margarita fue una mujer admirable.

Tenía un hermano 12 años mayor, Antonio, hijo del primer matrimonio de su padre, y otro, José, había nacido dos años antes que él. Junto con ellos vivía su abuela paterna, medio inválida, y dos mozos de labranza, a los cuales no quiso despedir Margarita ni aun en los años de hambre, por no convertirlos en mendigos. Don Bosco atribuirá su devoción a la Virgen a las enseñanzas de su madre; todos los días rezaban el rosario en familia.

Un vecino le enseñó a leer. A los 11 años hizo la primera comunión, aunque entonces no solía hacerse hasta los 12. Poco después don Calosso, vicario de la cercana aldea Murialdo, conociendo su vocación para sacerdote le enseñó latín durante un año, incluso le hizo ir a vivir a su casa, pero se murió.

Era tal la oposición de su hermano mayor a que estudiase, y su mal trato, que la madre lo hizo salir de casa a los 12 años, de febrero de 1828 a noviembre de 1829. Dura prueba, hasta que por compasión encontró trabajo de mozo en una casa de campo, con un sueldo de 15 liras anuales (bien poco, aunque una buena comida costaba sólo 2 liras). Al fin la madre se decidió a repartir sus bienes con su hijas-

tro de 26 años y pudo enviar a Juan a Castelnuovo a estudiar en precarias situaciones económicas, sin mucho aprovechamiento. Y a los 16 años fue a Chieri a estudiar. Allí a los 19 años fue admitido al noviciado de los franciscanos, pero no llegó a entrar.

Cualidades humanas sobresalientes

Lo que en muchas ocasiones llamó la atención y le granjeó simpatías fue su portentosa memoria: le bastaba leer una vez muchas páginas para retenerlas. Un día, a los 16 años, se olvidó de llevar a clase el libro de texto latino «Cornelio Nepote». El profesor, después de leer y explicar un capítulo, le mandó leerlo, él disimuló cogiendo la gramática y repitiendo de memoria todo lo leído por el profesor. Al final los compañeros le aplaudieron con gran indignación del profesor. Pero cuál sería la admiración de éste al comprobar que todo lo había dicho de memoria sin equivocar ni una sola palabra.

Desde los 11 años era capaz de repetir los sermones, y lo hacía frecuentemente ante sus curiosos vecinos.

Gracias a tal memoria, adquirió con el tiempo una cultura tan vasta, que en cier-

ta ocasión un médico creía había ejercido antes la medicina; y con un capitán de barco le pasó algo parecido. Podía discutir el significado de ciertas frases en hebreo...

Su rara habilidad para juegos hizo que con solo mirar a los saltimbanquis y prestidigitadores se hiciera maestro de estas artes, hasta pensar algunos que tenía pacto con el demonio. Pero él las utilizaba, ya desde sus 11 años, para atraer a pequeños y grandes, no buscando dinero, sino que oyeran los sermones que repetía, o después, las clases de catecismo que daba.

Estando en Chieri llegó un saltimbanqui que atraía a los chicos a las horas de catequesis. Se negó groseramente a cambiar su horario, y desafió a que nadie corría más que él. Juan Bosco aceptó la apuesta y la ganó; luego otra a ver quién saltaba más, y otra de hacer equilibrio con una varita, y otra para subir a un árbol, cada vez la apuesta iba subiendo y todas las ganó Bosco con notable maestría. El saltimbanqui quedó arruinado, pero le perdonó la deuda con tal que lo invitase a comer con sus 22 amigos.

Sería muy largo referir las innumera-

bles anécdotas que se conservan*; es delicioso leerlas en sus *Memorias* o en libros como *Don Bosco y su tiempo.*

Otra de sus características, y quizás en su conjunto la más importantes para lograr el éxito que obtuvo, fue su condición nata de líder: donde quiera que fue, desde niño era jefe indiscutible, sin pretenderlo siquiera. A los 16 años fundó la Sociedad de la Alegría; y luego, como madura un fruto la Sociedad Salesiana.

Poseía también una notable disposición para la música, y aprendió bastante de un joven israelita, hijo del librero a quién le alquilaba libros, y al cual acabó convirtiendo al catolicismo. Fue toda su vida gran amigo suyo.

Era un superdotado para el estudio, para ganarse a la gente, para los juegos, a todo lo cual le ayudaba su magnífica salud y fuerza corporal. Sin embargo cogió con tal afición el estudio de los clásicos, que se pasaba las noches en vela, lo que le debilitó de manera que tardó varios

---

* Por encargo de Pío IX escribió don Bosco sus *Memorias del Oratorio,* un buen tomo en el que cuenta toda su vida. Además nos quedan 19 tomos de *Memorias biográficas,* escritas por sus compañeros que fueron recogiendo sus hechos y dichos. (Ambas en B.A.C.).

años en recuperarse. Más tarde aconsejaría en sus *Memorias* que nadie haga trabajo científico después de cenar.

Su vocación

Desde pequeño correspondió a la gracia, y la gracia le inspiró ser sacerdote. En sus *Memorias* cuenta sencillamente que tuvo que luchar para dominar su fuerte carácter, su tendencia a la disipación, a la soberbia. Y la gracia triunfó.

Lo más notable de su vida espiritual y mística, son sus sueños, —a veces despierto—, sueños proféticos como lo demostró el tiempo. En toda la hagiografía no se encuentra un santo con sueños sobrenaturales tan numerosos. (Sólo el libro *Sueños de Don Bosco* recoge 144). El primero lo tuvo a los nueve años, y aparece ya en él la especial intervención de la Virgen que le prepara un extraordinario apostolado futuro:

«Me pareció estar cerca de mi casa; en un amplio patio en el que una gran muchedumbre de niños se divertía. Unos reían, otros jugaban; no pocos blasfemaban. Al oír aquellas blasfemias me arrojé inmediatamente en medio de ellos, empleando mis puños y mis palabras para hacerlos callar. En aquel momento apareció un Hombre de aspecto venerando,

de edad viril, noblemente vestido. Un manto blanco cubría toda su persona y su rostro era tan resplandeciente, que yo no podía mirarlo con fijeza. Me llamó por mi nombre y me ordenó que me pusiese al frente de aquellos muchachos añadiendo estas palabras:

—No con golpes, sino con la mansedumbre y la caridad deberás ganarte a estos amigos tuyos. Ponte, pues, inmediatamente a hacerles una instrucción sobre la fealdad del pecado y sobre la belleza de la virtud.

Confuso y aturdido le repliqué que yo era un pobre niño ignorante; incapaz de hablar de religión a aquellos jovencitos. En aquel momento los muchachos cesaron en sus riñas, gritos y blasfemias, rodeando al que hablaba. Yo, sin saber lo que me decía, añadí:

—¿Quién sois Vos que me mandáis cosas imposibles?

—Precisamente porque te parecen imposibles, debes hacerlas posibles con la obediencia y con la adquisición de la ciencia.

—¿Dónde y con qué medios podré adquirir la ciencia?

—Yo te daré la Maestra bajo cuya guía

podrás llegar a ser sabio y sin la cual toda ciencia es necedad.

—Pero ¿quién sois Vos que me habláis de esa manera?

—Yo soy el Hijo de Aquella a quien tu madre te ha enseñado a saludar tres veces al día.

—Mi madre me ha dicho que no me junte con quien no conozco sin su permiso; por eso, decidme vuestro nombre.

—Mi nombre, pregúntaselo a mi Madre.

En aquel momento vi junto a El, a una Señora de majestuoso aspecto, vestida con un manto que resplandecía por todas partes como si cada punto de él fuese una fulgidísima estrella. Al verme cada vez más confuso en mis preguntas y respuestas, me indicó que me acercara a Ella; y tomándome de la mano bondadosamente:

—*¡Mira!* —me dijo.

Observé a mi alrededor y me di cuenta de que todos aquellos niños habían desaparecido y en su lugar vi una multitud de cabritos, perros, gatos, osos y otros animales diversos.

—He aquí el campo en el que debes trabajar —continuó diciendo la Señora—

Hazte humilde, fuerte y robusto, y lo que veas en este momento que sucede a estos animales, tendrás tú que hacerlo con mis hijos.

Volví entonces a mirar y he aquí que, en lugar de los animales feroces aparecieron otros tantos corderitos que, retozando y balando, corrían a rodear a la Señora y al Señor como para festejarles

Entonces, siempre en sueños, comencé a llorar y rogué a aquella Señora que me explicase el significado de todo aquello, pues yo nada comprendía. Entonces Ella, poniéndome la mano sobre la cabeza, me dijo:

—A su tiempo lo comprenderás todo.

Dicho esto, un ruido me despertó y todo desapareció».

A los 16 años otro sueño, en el cual también interviene la Virgen, le anunció que sería sacerdote y se dedicaría toda su vida a la educación de muchos niños. Vio venir una majestuosa Señora que conducía un rebaño numerosísimo; se le acercó y le dijo: *«Juanito, aquí tienes este rebaño, lo confío a tus cuidados». «Y qué haré yo para guardar y cuidar tantas ovejas y corderos?, ¿dónde encontraré pastos suficientes?» «No temas; yo estaré contigo».*

También un sueño fue el que le hizo

desistir de entrar franciscano a los 19 años.

A los 20 años, acabados en Chieri sus cuatro años de estudio de humanidades (el bachillerato de entonces), durante los cuales para ganar algún dinero hizo de todo: carpintero, labrador, mozo de cuadra, zapatero, confitero, que aprendió bien, —como en Castelnuovo había aprendido sastre—, se decidió a entrar en el seminario donde le concedieron una beca, y el párroco y los feligreses de su pueblo le proveyeron de lo necesario.

La imposición de la sotana se hizo con toda solemnidad en la iglesia parroquial de Castelnuovo: *«El Señor te desnude del hombre viejo y de todos sus actos».* Se quitó el traje seglar y se vistió la sotana oyendo: *«Y te vista del nuevo hombre que ha sido creado según Dios en la justicia y la santidad verdaderas».*

Su madre le amonestó por la noche, diciéndole con lágrimas: *«Si llegases a dudar de tu vocación ¡por amor de Dios no deshonres este hábito!; quítatelo en seguida. Prefiero tener un hijo pobre campesino que sacerdote descuidado de sus deberes. Te consagré a la Virgen cuando vinistes al mundo, he inculcado en ti su devoción, ahora te recomiendo que seas todo suyo; sé amigo de los devotos de María, y*

de sacerdote propaga siempre su devoción».

Antes, cuando trataba de ser franciscano, el párroco avisó de ello a su madre, aconsejándola que lo persuadiese fuera sacerdote secular, pues hacían mucha falta, y a ella le vendría mejor. Su reacción fue ir a ver a su hijo y advertirle seriamente: *«Examina cuál sea tu verdadera vocación. Yo de ti ni quiero ni espero nada; quiero morir pobre. Si llegas a ser sacerdote y te haces rico yo nunca iré a verte».*

¡Qué poco sospechaba que en 1846, cuando ella tuviera 58 años y su hijo 31, éste, sacerdote pobre, le iba a pedir que fuera a vivir con él y con sus «biricchini» (o pilletes)! *«¿Irme de aquí para siempre?» «Vivo solo con mala vecindad en frente de una taberna». «No, no puedes vivir solo, tu madre te acompañará».* Cogió una cesta y se fueron a pie a Turín. Poco después vendería tierras y una viña para hacer frente a los primeros gastos. Fue duro abandonar su casa y más bregar con los traviesos «biricchini». Al cabo de tres años no pudo más: *«Me voy, no resisto más».* Don Bosco la miraba silencioso mientras la heroica mujer se desahogaba.

Cuando acabó, le cogió las manos entre las suyas y le señaló el crucifijo. Los ojos

de mamá Margarita se llenaron de lágrimas: «*Tienes razón, El padeció más por nosotros. No sería tan impaciente si fuera humilde*». ¿Quizás mereciera ser beatificada como la madre de santo Domingo de Guzmán? Murió en 1856 y en 1860 se apareció a don Bosco felicísima, toda resplandeciente, con preciosa vestidura y porte majestuoso. Preguntada, respondió que no había ido directamente al cielo, pero que allí le esperaba.

A los 21 años tuvo el siguiente sueño:

Le pareció ver el valle que se extendía al pie de la granja de Susambrino convertido en una gran ciudad, por cuyas calles y plazas discurrían grupos de muchachos alborotando, jugando y blasfemando.

Como sentía un gran horror a la blasfemia y estaba dotado de un carácter un poco vivo e impetuoso, se acercó a aquellos muchachos echándoles en cara su proceder y amenazándoles con pasar a los hechos si no cesaban de proferir blasfemias. Y como, en efecto, aquellos jovenzuelos prosiguiesen en sus insultos contra Dios y contra la Santísima Virgen, Juan comenzó a golpearlos. Mas ellos reaccionaron y arrojándose sobre él lo abrumaron a pescozones y puñadas. Juan entonces se dio a la fuga; pero al punto le salió al encuentro un Personaje, que le intimó

a que se detuviese, ordenándole que volviese entre aquellos rapazuelos y les persuadiese de que fuesen buenos y evitasen el mal. Hizo después referencia a los golpes que había recibido, objetando que si volvía entre aquellos muchachos tal vez le sucediera algo peor. Entonces el Personaje le presentó a una nobilísima Señora, que en aquellos momentos se acercaba hacia ellos, y le dijo:

—*Esta es mi Madre; aconséjate con Ella.*

La Señora, fijando en él una mirada llena de bondad, le habló así:

—*Si quieres ganarte a esos rapazuelos, no debes hacerles frente con los golpes, sino que los has de tratar con dulzura y has de usar de la persuasión.*

Y entonces, como en el primer sueño, vio a los jóvenes transformados en fieras, y después en ovejas y corderillos, al frente de los cuales se puso como pastor por encargo de aquella Señora.

Don Bosco, sacerdote

En los seis años que estuvo en el seminario siempre ganó el premio de 60 francos que se daba a cada curso en los exámenes semestrales al que tuviera las me-

jores notas. Y a los 24 años el obispo le permitió adelantar un curso estudiando él solo en el verano. Así se ordenó en 1841 el 5 de junio, a los 25 años. Presbítero asistente en su primera Misa fue san José Cafasso, también de Castelnuovo y su director espiritual. (Otros santos a los que trató fueron san José Cottolengo, san Leonardo Murialdo y el beato Albert; santo Domingo Savio, que murió a los 15 años, fue formado por él; también fueron alumnos suyos el beato Orione y el beato Miguel Rúa, que le sucedió. Con santa María Mazzarello fundó las salesianas).

Escribía en los Ejercicios Espirituales de preparación al sacerdocio: «El sacerdote no va solo al cielo, ni va solo al infierno. Si obra bien irá al cielo con las almas que salve con su buen ejemplo, si obra mal, y da escándalo, irá a la perdición con las almas condenadas por su escándalo... Me empeñaré en ocupar rigurosamente bien el tiempo. La caridad y la dulzura de san Francisco de Sales [saboyano como él] me guíen en todo. Siempre estaré contento con la comida que se me presente. No daré al cuerpo más de cinco horas de sueño al día. Tendré un cuarto de hora al menos de preparación y otro de acción de gracias para la santa Misa. No conversaré con mujeres salvo necesidad espiritual...». Propósitos que cum-

plió: por algo para su beatificación se declaró previamente que sus virtudes fueron heroicas.

Tres años, de 1841 a 1844, estuvo en el Colegio eclesiástico de san Francisco de Asís, formándose en pastoral. Mientras, empezó en los «Oratorios festivos» una catequesis dominical con los «biricchini».

El acabar su estancia en el Colegio eclesiástico, le rondó otra vez la idea de hacerse religioso, esta vez oblato de la Virgen. Su confesor, san José Caffaso, le disuadió y proporcionó la dirección espiritual del «Ospedaletto», un hospital de niños, con 50 liras mensuales. A los dos años, por causa de su dedicación a los «biricchini» y su Oratorio festivo, le tuvieron por loco y le obligaron a elegir entre ellos y el Ospedaletto. Fue una terrible prueba, pero decidió confiar sólo en Dios y dedicarse exclusivamente a sus jóvenes. Era la primavera de 1846. Don Bosco tenía 40 años.

Dos sueños de los suyos de nuevo le orientaron y animaron en lo que empezaba a ser la obra de su vida. El primero en 1844; el segundo en 1845: Otra vez vio muchos jóvenes a los cuales él transformaba, y la Virgen le señaló el lugar de la futura iglesia y numerosos edificios.

El Oratorio, que empezó siendo una catequesis dominical, continuó enseñando a leer; siendo luego escuela nocturna y albergue de chicos pobres. Después vinieron las escuelas de artes y oficios, o profesionales, los colegios, etc., con las correspondientes edificaciones e iglesias. En 1856 tenía 200 internos y más de 1.000 externos con los oratorianos; en 1861 los internos aumentaron a 400.

También en 1856 comenzó el primer grupo de los salesianos, cuya fundación la estaba pensando don Bosco desde hacía más de diez años. En 1857 el ministro Rattazzi, el mismo que había suprimido las congregaciones religiosas, se interesó porque su obra tuviera continuadores, que fundase no una congregación religiosa sino una sociedad benéfico social, de cara al Estado, cuyos miembros conservasen todos sus derechos civiles, —tendrían votos privados, siendo religiosos ante la Iglesia—. Fórmula que después de haberla consultado entre otros con los jesuitas padres Pagani y Franco, fue aprobada por la Santa Sede en 1869. Entonces sus miembros eran 100.

Fueron muchos años de oposición de obispos y cardenales que por una parte

no veían cómo compaginar ser religioso, pero conservando la propiedad de sus bienes, etc., y por otra, dada la escasez de vocaciones temían se llevase las pocas que había. (En realidad era al contrario; entre los jóvenes educados por don Bosco salieron 6.000 vocaciones).

Llegó a Roma en enero de 1869 a insistir de nuevo. Le estaba esperando la carroza del cardenal Berardi, uno de sus principales oponentes, para que fuese a curar a un sobrino suyo moribundo... para que hiciese un milagro. *«¿No será para que lo encomiende a María Auxiliadora?»*. Pasan varios días. Por fin visita al enfermo, que se muere. *«Comenzad una novena a María Auxiliadora. Y vuestra eminencia ayúdeme». «Prometo hacer lo que me pida».* A los tres días el enfermo está sano: *«¿Qué quiere que haga por usted?»* —le pregunta el cardenal—. *«Hable al Santo Padre en favor de mi Congregación».*

Visitó después al influyente Secretario de Estado, cardenal Antonelli, también enemigo de la aprobación. Estaba con un agudo ataque de gota. *«Mañana podrá ir a ver al Santo Padre si promete a la Virgen hablar en favor de mi sociedad».* Y así lo hizo.

Faltaba monseñor Svegliati, Secretario

de la Congregación de Obispos y Regulares, su principal adversario. Lo encontró enfermo grave de gripe. *«Si promete hablar en favor de mi Congregación, María Auxiliadora va a curarlo»*. Y sanó aquella noche.

Pío IX, admirado de estas curaciones y conversiones, dio por eso con gusto su aprobación; aunque no le faltaron todavía muchas contradicciones a don Bosco hasta que León XIII le concedió, como a otros religiosos, facultades para que sus miembros pudieran ser ordenados de sacerdotes por cualquier obispo.

A su muerte (31.I.1888) la Sociedad contaba con 800 miembros. Fue beatificado el 2.VI.1929 y canonizado el 1.IV.1934. En la actualidad es uno de los institutos religiosos más extendidos, con unos 17.000 miembros.

Obras ramas

Inspirado por la Virgen y alentado por muchas personas, incluso el Papa, fundó en 1872 el Instituto de las Hijas de María Auxiliadora, o Salesianas, aprovechando una asociación de Hijas de María. La presidenta fue elegida como primera superiora, y canonizada el 9.VI.1951: Santa María Dominga Mazzarello. Hoy son también unas 17.000.

San Juan Bosco escribió en sus Reglas: Cualquier persona, aun viviendo en el mundo, en el seno de su familia, puede pertenecer a nuestra Sociedad, sin hacer ningún voto, pero procurando cumplir las reglas compatibles con su edad y condición. Era seguir de alguna manera las antiguas Ordenes Terceras, y adelantarse por la vía de los modernos Institutos seculares. «Masonería santa» la llamó Pío IX, quien en 1876 aprobó el Reglamento de los Cooperadores Salesianos, los cuales han alcanzado casi el millón de socios.

Añadamos, finalmente, la Archicofradía de María Auxiliadora que fundó en 1869, y llegó a contar hace años 25 millones de inscritos.

San Juan Bosco y la Virgen

Para conocer más y aprovecharnos de su devoción a la Virgen transcribimos algunos de sus pensamientos:

— Persuadiros de que todas las gracias que pidáis a María Santísima os serán concedidas, con tal de que no pidáis cosas que sean para vuestro daño.

— Amad, honrad, servid a María; procurad hacerla conocer, amar y honrar por los otros. No sólo no se perderá un hijo que haya honrado a esta Madre, sino

que podrá además aspirar a una gran corona.

— Cultivad una tierna, verdadera y constante devoción a María Santísima. Oh, si supierais la importancia de esta devoción no la cambiaríais por todo el oro del mundo.

— María sea para ti auxilio en la vida, ayuda en las angustias y peligros, salvación en la muerte, gozo en el cielo.

— Esta tierna solicitud de María en socorrer y consolar, no ha disminuido un punto después de su Asunción al cielo; antes bien, podría decirse que ha aumentado mucho más. Pues ella se acuerda de que allá en el Calvario, Jesús moribundo la constituyó Madre nuestra; y desde aquel día, su corazón de tal manera se llenó de compasión y amor que la suma del amor de todas las madres no podría igualar con mucho, al que María profesa a cada uno de nosotros. Pensamiento dulce y embelesador.

— Repasad las páginas de la tradición cristiana, interrogad a las historias del cristianismo en todos los reinos y países del universo, y por doquiera hallaréis a María viniendo en socorro de sus afligidos hijos.

— María es la maestra con cuya ense-

ñanza puedes llegar a ser sabio, y sin Ella toda la sabiduría es necedad.

— Se ha visto en más de una ocasión a la Santísima Virgen aparecer a los agonizantes e iluminarlos con su presencia. Así nos lo enseñan grandes santos, tales como san Carlos Borromeo, san Buenaventura, san Alfonso y otros. Un gran número de ellos han tenido la dicha de experimentarlo por sí mismos, entre otros: santa Clara, san Felipe Neri, san Félix de Cantalicio, santa Teresa, san Pedro Alcántara y san Juan de Dios.

Cuenta también san Juan Bosco que el 6.XII.1876 cuando estaba en su habitación tuvo una visión del cielo y se le apareció santo Domingo Savio. El «sueño» es largo. Entre otras cosas le pregunta:

—Domingo, dime: ¿qué fue lo que más te consoló a la hora de la muerte?

—¿Qué crees tú que pudo ser? —contestó Domingo.

—¿Fue tal vez el haber conservado la bella virtud de la pureza?

—No, eso solo, no.

—¿Quizás la tranquilidad de conciencia?

—Cosa buena es ésa, pero no la mejor.

—¿Acaso fue la esperanza del Paraíso?

—Tampoco.

—Pues ¿qué entonces? ¿El haber hecho muchas buenas obras?

—¡No, no!

—¿Cuál fue, pues, tu mayor consuelo en aquella última hora? —le insistí confuso y suplicante al ver que no lograba adivinarlo.

—Lo que más me confortó en el trance de la muerte fue *la asistencia de la potente y bondadosa Madre de Dios.* Dilo a tus hijos; que no se olviden de invocarla en todos los momentos de la vida.

Santidad de don Bosco

La santidad esencialmente consiste en la cantidad de gracia santificante que uno haya ido adquiriendo con la recepción de los sacramentos y mediante las obras buenas o meritorias que haya practicado. Pero tanta mayor será la cantidad de gracia que vaya adquiriendo cuanto mayor sea el amor de Dios con que actúe, y éste pueden medirlo solamente en el cielo, no en la tierra.

Sin embargo ordinariamente, por providencia divina, la santidad va acompañada de unos efectos, como resplandores,

que la delatan. En san Juan Bosco fueron incontables sus milagros no sólo después de muerto, sino en vida, con prodigios, profecías, «sueños» y sobre todo conocimiento de las conciencias. En las confesiones —era apasionado del ministerio de la penitencia— solía preguntar a los chicos: «Me dices tú los pecados, o quieres que te los diga yo». Y en cierta ocasión que uno se extrañó que confesase a sus chicos por el peligro de que alguno se callara por vergüenza algún pecado, contestó con sencillez: «Ah, es que eso no lo permitiría yo».

Entre sus fenómenos sobrenaturales se cuentan visiones, arrobamientos, éxtasis, bilocaciones... Varias veces le sorprendieron en levitación: levantado sobre el suelo y resplandeciente.

Toda la fuerza de su amor a Dios se proyectaba en su amor al prójimo concretado en el celo por las almas, de ahí su profunda dedicación al trabajo: hizo norma para sí y los suyos al consejo de Pío IX en 1869: «Se encuentra en mejores condiciones una casa religiosa donde se reza poco y se trabaja mucho, que otra en la que se reza mucho y se trabaja poco». Es recalcar lo de san Pablo: «El que no trabaje que no coma» (2 Tes 3,10), y la ociosidad es madre de todos los vicios; pero suponiendo, al mismo tiempo, que

todo lo que se haga se haga por Dios y manteniendo la unión con Dios (1 Cor 10,31; Col 3,15); ni se excluye, naturalmente, que también haya tiempos exclusivos por la oración, siempre indispensables.

Dentro del celo de almas de san Juan Bosco hay que enumerar su actividad como escritor. Empezó por libros de texto de historia, pues no le gustaban los que había: *Historia Sagrada, Historia de Italia* (traducida a otras lenguas, hubo edición de 15.000 ejemplares que se agotó en un mes), *Vida de Santo Domingo Savio, El católico instruido* (manual de religión y piedad, traducido a casi todas las lenguas, con cientos de ediciones), incluso escribió *Aritmética* y *Geometría*... hasta 130 obras. Su revista mensual «Lecturas católicas» tenía 19.000 suscriptores. Saca el primer almanaque católico. Sus cartas pasan de 20.000. También recogieron sus alumnos, y se han publicado, las «Buenas Noches»: un pensamiento y unas recomendaciones antes de irse a acostar, que empezó mamá Margarita. Entre sus escuelas profesionales las que más patrocinó fueron las artes gráficas, con imprenta, encuadernación y editorial propia.

No sin una asistencia especial del Espíritu Santo intervino en negociaciones

secretas entre el Papado y el Gobierno italiano que le había despojado de sus Estados y consiguió lo que quizás otros no hubieran conseguido. En 1867 logró que volvieran a sus diócesis 34 obispos desterrados; en 1870 logró un acuerdo para provisión de 66 diócesis. Por algo León XIII le decía: «Cuidad de vuestra salud, la Iglesia os necesita».

Buena prueba de la estima de la Santa Sede es que varias veces intentaron hacerle Cardenal, pero él no quiso oír las propuestas: «¿Qué haría de Cardenal? De simple cura algún bien puedo hacer». Esto sin embargo no impidió que en cierta ocasión el obstinado arzobispo de Turín (antes gran amigo suyo y a cuya recomendación debía el cargo) le suspendiera «a divinis» (prohibición de ejercer el ministerio sacerdotal). Y en otra ocasión el Santo Oficio estuvo a punto de incluir un libro suyo en el «Indice de libros prohibidos».

Su fe y confianza en Dios

Rasgo característico de los santos: su fe y su confianza, capaz de mover montañas. Un episodio más: Predicó, junto con don Rúa (hoy beato) y don Cagliero (futuro cardenal), en 1864 el triduo de la

Asunción en Montemagno, pueblo de 3.000 habitantes.

Por una sequía pertinaz se perdían las cosechas. «Si venís al sermón estos tres días y hacéis una buena confesión y comunión general el día de la Asunción, yo os prometo en nombre de la Virgen que una abundante lluvia salvará vuestras cosechas».

A la gente le impresiona el sermón, acuden al triduo, confiesan, mientras los pueblos limítrofes se burlan. El día de la Asunción amanece sin una nube. Comunión general impresionante. Por la tarde Vísperas, sigue el cielo limpio. Algunos sienten que no se cumpla la promesa de don Bosco. «Que empiece el Magníficat, ¡fe en la Virgen!». Antes de acabar la función la lluvia repiquetea en las vidrieras: es una lluvia mansa, pero abundante y prolongada, que salva la cosecha en Montemagno.

Es admirable la fe y confianza de san Juan Bosco, que obró prodigios y dirigió tantas almas para el cielo. Pues bien, en la aparición de santo Domingo Savio, éste después de mostrarle un número incontable de ellas agregó: «Su número sería cien millones de veces mayor si mayor hubiera sido tu fe y confianza en el Señor». ¡Señor, aumenta nuestra fe! (fe bíblica, impregnada de confianza).

Si algo va dirigido a ello en la actual espiritualidad de la Iglesia es la devoción al Corazón de Jesús, cuyo núcleo es el amor lleno de confianza (basado en la fe de que Dios es nuestro Padre y Amigo). San Juan Bosco tenía, como todos los santos modernos, una gran devoción al Corazón de Jesús. En una de sus «Buenas noches» explica brevemente lo que es. «Sin duda es manantial de bendiciones para la Iglesia. Los motivos de este culto son: 1.°) porque el mismo Jesucristo nos ofreció su corazón como morada de sus afectos; 2.°) porque simboliza el inmenso amor que nos tuvo, lo simboliza especialmente permitiendo que su Corazón fuera traspasado por la lanza; 3.°) porque su culto invita a los fieles a meditar los dolores de Jesús y a que le sean agradecidos. *Honremos lo mejor que podamos* a este divino Corazón por los muchos y grandes beneficios que nos ha hecho y seguirá haciéndonos, pues por todos los títulos merece nuestra más humilde y amorosa veneración». El les proponía esta jaculatoria: «Sagrado Corazón de Jesús y de María sed la salvación del alma mía».

Luis Colle* en su aparición del

---

* Hijo único del conde Colle Fleury, dirigido, aunque no alumno de san Juan Bosco, murió en olor de santidad a los 17 años. El santo escribió su biografía y tuvo importantes apariciones suyas.

4.III.1883 en Francia le dijo: «Los niños tienen que estar bien persuadidos de estas tres cosas: amor de Dios, comunión frecuente y amor al Corazón de Jesús, pero el Sagrado Corazón abarca las otras dos». «De los cuatro a los cinco años muéstreseles la santa hostia y oren a Jesus mirándola; esto equivale a una comunión espiritual». Y antes: «Vea aquel pozo; las aguas del mar entran en él continuamente y el mar no disminuye nunca. Así pasa con las gracias contenidas en el Corazón de Jesús. Es fácil recibirlas; basta rezar».

En 1880 León XIII le encomendó acabar el templo del Sagrado Corazón en el Esquilino que no había dinero para continuar. Don Bosco, ya muy quebrantado en su salud pidió al Papa su bendición, y contra el voto unánime de sus consejeros, puso manos a la obra, empezando por ampliar los planos para hacer un templo digno de Roma. Siete años después, meses antes de su muerte, tuvo la satisfacción de asistir a su consagración solemne. Endeudados, había dicho a sus consejeros: «Habéis votado con prudencia humana. Ahora confiad que el Corazón de Jesús va a pagar las deudas».

En 1886 en su último viaje al extranjero, el más apoteósico: visita Barcelona.

Lo mismo que antes en París, busca donativos para acabar el templo de Roma. Los prodigios se suceden. Desde Turín una voz misteriosa le va repitiendo «Tibidabo» «¿qué me querrá dar el Señor?». La víspera de su regreso los propietarios de la cumbre de Tibidabo se la regalaron para que construyera una ermita al Sagrado Corazón. «Sobre el Tibidabo se alzará no una ermita, sino un gran templo que dará mucha gloria a Dios y será testimonio de la fe del pueblo español» (las obras terminaron en 1961).

Ataques del demonio

No estrañará que el demonio —permitiéndolo Dios—, mostrase su rabia contra la gran obra apostólica de san Juan Bosco (contraprueba de su santidad y éxito pastoral). Muchas veces lo maltrató y golpeó brutalmente no dejándole dormir, especialmente cuando hacía alguna obra que fuera a dar particular gloria a Dios.

El 6.II.1862, al preguntarle sus hijos por qué estaba pálido y demacrado, les respondió: «Anoche, apenas acostado y comenzando a domirme, siento que me toman por los hombros y me sacuden tan fuertemente, que sentí un gran susto: ¿Quién es?, grité. Encendí la luz, me vestí, observé bajo la cama y en todos los

rincones, pero no encontré nada. Examiné la cerradura. Nada. Todo estaba tranquilo. Volví a acostarme. Apenas empezaba a dormir, cuando siento otro golpe fortísimo. Quise tocar la campanilla y llamar, pero preferí no molestar a ninguno. Y me puse a dormir boca arriba. Entonces un peso enorme en el estómago me oprime y casi me quita la respiración. No pude menos de gritar: ¿Qué hay?, descargando al mismo tiempo un fuerte puñetazo; pero di en el vacío. Me volví de lado y se renovaron los golpes. Y así toda la noche».

Esto se repitió por cuatro noches consecutivas.

El día 15: «La otra noche, al entrar en mi aposento, vi la mesita bailando y dando golpes: ¡Tac, tac, tac! ¡Oh!, esto es curioso, me dije, y me acerqué y pregunté: Vamos, ¿qué quieres? Y ella continuaba: ¡Tac, tac, tac, tac! Me ponía a pasear por el aposento y se callaba. Me acercaba, y reanudaba su baile y sus golpes. Os aseguro que, si hubiera leído u oído contar lo que he visto y oído, yo no lo habría creído».

Como le siguieran interrogando añadió: «Estando en la cama, veía ora la forma de un oso, ora la de un tigre, la de un lobo, o bien una enorme serpiente, todos

de aspecto horripilante. Y los veía subirse al lecho y plantárseme allí mismo. Yo los dejaba estar un poco y luego exclamaba: ¡Oh bone Iesu! Y desaparecían. Y así pase toda la noche».

Es de notar que entonces estaban terminando para la imprenta: *El poder de las tinieblas*. Algo parecido le pasó otros días en que trató mucho con los protestantes y consiguió la conversión de varios.

También antes, de noche, al terminar de escribir las primitivas Reglas con la frase «Ad maiorem Dei gloriam» (A la mayor gloria de Dios), comenzó a moverse la mesa, se derramó el tintero sobre el manuscrito y éste salió volando por el aire haciéndose añicos, mientras se oían voces estridentes y risotadas pavorosas. Tuvo que repetir el manuscrito. Buena prueba, como decíamos, del valor sobrenatural de la obra de san Juan Bosco, el que tanta rabia causase al demonio.

BIBLIOGRAFIA UTILIZADA

- *Biografía y escritos de san Juan Bosco*. BAC 135. Madrid 1955.

- *Don Bosco y su tiempo*. Hugo Wast. Buenos Aires 1936. (La biografía que con más interés se lee).

- *Los sueños de don Bosco*. 2.ª edición. Madrid 1961.

- *Año Mariano*. Robles, S.J. - Fernández Fígares. Madrid 1958. (Extraordinario libro sobre la Virgen).

- *La Madre de Dios*. Gabriel M.ª Roschini, O.S.M. Madrid 1955. (Uno de los libros más completos sobre la Virgen).

Princeton Theological Seminary Libraries
1 1012 01254 4138

librería espiritu

Av. ELOY ALFARO N° 466 Y 9 DE OCTUBRE · TELF: 564-519 - PO BOX 625